

## El término griego *ἀδελφός* - *adelphos* entendido como referente mariológico desde el cristianismo primitivo hasta nuestros días

Jaime Baquero de la Calle Rivadeneira \*

**Resumen:** Los primeros cristianos se denominaban entre ellos hermanos, utilizando el término griego *ἀδελφός* (*adelphos*), que significa: “del mismo seno”. Según la teología desarrollada por los Padres de la Iglesia, en sucesión directa con San Juan, apóstol y evangelista, Cristo fue engendrado en la carne por María, y el resto de sus seguidores son regenerados en la carne y el espíritu por Cristo, a través de la maternidad espiritual de María. Estos hechos se justifican en las palabras de Cristo en la cruz, antes de morir: “he aquí a tu hijo / he aquí a tu madre”; y se refrendan en la interpretación mística de la mujer del Apocalipsis, que sufre dolores de parto.

**Palabras clave:** Cristo, María, cristianos, hermanos, *adelphos*.

**Abstract:** Early Christians used to call each other brothers, using the Greek term *ἀδελφός* (*adelphos*), which means: “from the same bosom”. According to the theology developed by the Fathers of the Church, in direct succession with Saint John, apostle and evangelist, Christ was begotten from the Father; taking His flesh and human nature from the Virgin Mary, and the rest of his followers are regenerated in the flesh and spirit by Christ, through the spiritual motherhood of Mary. These facts are justified in the words of Christ on the cross, before dying: "behold your son / behold your mother"; and they are endorsed in the mystical interpretation of the woman of the Apocalypse, who suffers childbirth pain.

**Key words:** Christ, Mary, Christians, Brothers, *adelphos*.

---

\* [jbaquero@intisana.com](mailto:jbaquero@intisana.com)

Universidad San Francisco de Quito

## **I. Introducción**

La consideración cristiana del papel que cumple María de Nazareth en la vida de Cristo ha sido motivo de estudio a lo largo de los siglos. Al mismo tiempo, la interpretación de su función con respecto a los seguidores de Jesucristo y a la humanidad entera, también ha jugado un rol importante para los estudiosos de las ciencias teológicas, tanto por el alcance de sus implicaciones a la hora de configurar el elenco de principios que forman parte de la doctrina cristiana; así como para perfilar, en la práctica, qué lugar debe ocupar María en la devoción popular y en la propia liturgia. El regreso a las fuentes originarias es una forma de alcanzar cierto grado de verificación de aquello que se acaba de postular.

En este documento, se intentará analizar las primeras referencias mariológicas de la historia, para tratar de entender cómo se configuraba la primitiva comunidad cristiana en torno a María. Al mismo tiempo -y una vez autenticados los primeros documentos- se elaborará una cadena de contenidos, redactados en el transcurso de los siglos y entrelazados unos con otros, por contener notables analogías al considerar a María como nueva Eva y madre de los vivientes, todos ellos hermanos en Cristo; hermanados -a su vez- entre ellos y transformados en hijos espirituales de María -*ἀδελφός*, adelphos- en un sentido antiguo y novedoso al mismo tiempo. Se dedicará una parte del trabajo a estudiar la conexión que existe entre estas concepciones mariológicas y aquellas nacidas a raíz de la “mujer del Apocalipsis”, descrita en su capítulo décimo segundo. Al final, se revisarán las implicaciones prácticas de estos postulados teológico-marianos.

La elaboración metodológica estará apegada al método histórico-crítico: uso y comentario de las fuentes primarias, tanto de las Sagradas Escrituras como de los Padres de la Iglesia y los subsecuentes autores cristianos. Aquellas fuentes más relevantes constarán en su idioma original, con la debida traducción al castellano. En el caso de las Sagradas Escrituras se tomará en cuenta, además del texto griego, su versión latina, dada la amplia difusión y estudio de las mismas en dicha lengua.

Por otro lado, tómesese en cuenta que, al tratarse de temas enmarcados dentro de la Teología cristiana católica, no se debe olvidar que la fe cristiana -sea o no compartida por el lector- juega un papel metodológico importante para la interpretación holística del presente estudio, que de todas formas pretende ser útil para todos aquellos investigadores que deseen una aproximación hacia la temática en cuestión.

## II. María, sagrario de la divinidad

Se sabe que el cristianismo avala la historicidad de su existencia, entre otras fuentes, a través de los Evangelios. La encarnación del Verbo ocupa un lugar fundamental dentro de los hechos que configuran su identidad: Cristo desea hacerse hombre por medio del anuncio del Ángel a una mujer virgen, de condición sencilla, llamada María: **ἰδοὺ συλλήμψῃ ἐν γαστρὶ καὶ τέξῃ υἱόν, καὶ καλέσεις τὸ ὄνομα αὐτοῦ Ἰησοῦν** – *ecce concipies in útero et paries filium et vocabis nomen eius Iesum* (Nolli, 2001): “he aquí que concebirás y darás a luz un hijo, que se llamará Jesús” (Lc 1, 31). Después de un interesante diálogo, el hecho se fragua tras el visto bueno de María: **Ἴδοὺ ἡ δούλη κυρίου· γένοιτό μοι κατὰ τὸ ῥῆμά σου** – *ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum* (Nolli, 2001): “he aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). A partir de este momento, la historia - denominada sagrada por los cristianos- toma el rumbo significativo de un Dios que se hace hombre y empieza su andadura junto a la humanidad.

En el medioevo, Tomás de Aquino dejó escritas estas palabras: “La humanidad completa de María está llena (impregnada) del Espíritu Santo, en su carne ha redundado la gracia. Unida a Él (Cristo) por el amor perfecto, no solo en su mente (inteligencia y voluntad) sino también en sus entrañas, por obra del Espíritu Santo”. El texto original es el siguiente: *Ab anima eius (Beata Virgo) gratia redundavit in carnem; nam per Spiritus Sancti gratiam, non solum mens Virginis fuit Deo per amorem perfecte unita, sed eius (Christus), uterus a Spiritu Sancto est supernaturaliter impregnatus* (Aquinae, 1952). Se trata de las consecuencias de la encarnación: María es unida a Dios en cuerpo, mente y espíritu; y su carne, al contacto con lo divino, adquiere una dimensión inefable de santidad y pureza.

Más recientemente, Fernando Rielo ha escrito estas palabras: “María, ontológica o místicamente, es dada por el Padre en matrimonio ontológico al Espíritu Santo. Éste la tomó por esposa para generación biológica de la humanidad de Cristo. Sus títulos ontológicos quedan precisos: Hija del Padre, Madre del Verbo, Esposa del Espíritu Santo. El fundamento del desposorio de María con el Espíritu Santo reside en la ingenuidad agente del Padre. Su desposorio es, supuesta la creación y la gracia, de necesidad ontológica. La magnitud de María la hace Sagrario de la Santísima Trinidad. Declaramos a este Sagrario arra de su desposorio” (Rielo, *Leyendas de Amor*, 2010)<sup>1</sup>.

Desde estas consideraciones, se consolidan otras nuevas: María, en su calidad de madre biológica de Jesucristo, podría considerarse un auténtico tabernáculo viviente, al estilo de aquel que guardaba las cosas santas del pueblo de Israel, durante su recorrido por el desierto y más adelante en el propio Templo. Esta noción de María como “sagrario” o “relicario” de Dios hecho

---

<sup>1</sup> Para Fernando Rielo, metafísica y poesía están íntimamente unidas por la intuición-inspiración-oración; y las dos, ciencia y arte, pueden describir potentemente una vivencia (Cevallos-Moreno, 2020).

hombre, ha sido objeto de estudio, oración, devoción, veneración (mas no adoración), elaboración artística y teológica, generando conclusiones aplicables a su altísima dignidad, radicada en esta unión del todo peculiar con la divinidad. María, por su misión libremente aceptada, se encuentra entrañablemente unida a Dios. En este momento, nacen de forma espontánea varias preguntas: si su misión generó tal grado de unión personal con lo divino, ¿qué consecuencias ha tenido con relación a los cristianos? ¿Se puede concluir algo al respecto, desde las Sagradas Escrituras? ¿Qué pensaban los primeros cristianos sobre la maternidad de María? ¿Existen escritos que desarrollen estas proposiciones?

### III. María, sagrario de la humanidad

El Evangelio de Juan ha plasmado dos frases que provienen del mismo Jesucristo, en un momento humanamente tan dramático, trascendentalmente tan misterioso e históricamente tan develador como es el momento previo a su muerte en la Cruz. Dirigiéndose a su madre y refiriéndose a su discípulo amado, aquel que le acompañó hasta tales dolorosas circunstancias, le dice: **γύναι ἴδε ὁ υἱός σου** - *mulier ecce filius tuus* (Nolli, 2001): “mujer he aquí a tu hijo” (Jn 19, 26). Por su parte, dirigiéndose a Juan y refiriéndose a su madre, le dice: **ἴδε ὁ υἱός σου**, *ecce mater tua* (Nolli, 2001): “he aquí a tu madre” (Jn 19, 27). Podría afirmarse que estamos delante del texto autorizado más antiguo y presencial, que concede una referencia explícita a la maternidad adquirida de María con respecto a una persona distinta del mismo Jesucristo. Por el contexto de su inminente muerte redentora, sostenemos que las palabras de Cristo encierran, en todos los trazos, una suerte de testamento o sentencia *pre-mortem*, con un contenido emocionalmente manifiesto y singularmente único, más elevado que el de los meros símbolos, como podría pensar algún autor (Vistar, 2019).

Desde un punto de vista teológico, dichas palabras se han interpretado, por un gran número de estudiosos, como el origen explícito de la maternidad espiritual de María sobre Juan y el resto de los seguidores de Cristo (Eamon Carrol, 1964). Para avalar tal postura, uno de los testimonios escritos más antiguos es el de **Ειρηναῖος**, Ireneo de Lyon. Ireneo fue discípulo de Policarpo de Esmirna, quien a su vez fue discípulo del propio San Juan, autor de las palabras antes mencionadas (**ἴδε ὁ υἱός σου, ἴδε ὁ υἱός σου**). Toda línea de sucesión directa, como sucede en tantas tradiciones de este mundo, genera un debido respeto frente a la versión propuesta por el sucesor; en este caso, tal sucesión de contenidos -transmitidos hasta el día de hoy- convierte a San Ireneo en un personaje de emblemática autoridad dogmática al momento de interpretar el pensamiento de Juan, con respecto a la maternidad espiritual de María sobre los cristianos (Newman, 1996). No es casualidad, por tanto, que sus escritos teológicos -en concreto, aquellos

marianos- sean actualísima fuente de investigación y hayan sido citados innumerables veces con el pasar de los siglos (Galtier, 1914).

Ireneo, en su copiosa obra, hace una comparación que no será única en él -consta en otros escritores primitivos como San Epifanio, San Gerónimo, San Agustín, San Cirilo de Jerusalén, San Juan Crisóstomo, San Juan Damasceno o San Efrén- según la cual María es la nueva Eva (Concilio Vaticano II, 1964); realidad que, a su vez, la convierte, de manera connatural, en madre de los vivientes (Pozo, 2005). Para el interés del presente estudio, existe una frase de Ireneo que resulta especialmente reveladora y cargada de contenido: *purus pure puram aperiens vulvam, eam que regenerat homines in Deum, quam ipse puram fecit* (Migne, 1857), es decir: (el Hijo de Dios) “siendo él puro, abriría puramente la matriz pura que regenera los hombres para Dios, la cual él mismo hizo pura” (Lugdunensis, 180). Según el texto apenas citado Cristo, a través de su encarnación, no solamente asume la naturaleza humana, sino que, además da lugar a una realidad que podría considerarse opuesta a las leyes de la naturaleza, pero no de la gracia: que el resto de los seres humanos podamos acceder a la matriz que le formó y le dio vida, para alcanzar así una auténtica regeneración espiritual. Ser engendrados de nuevo (regenerados), para renacer a la vida espiritual en el Verbo (Maspero, 2020). Este texto recuerda otras palabras de Cristo (Jn 3, 7); aquellas a Nicodemo, sobre *la necesidad de nacer nuevamente*, renacer: **Δεῖ ὑμῶς γεννηθῆναι ἄνωθεν** - *oportet vos nasci denuo* (Nolli, 2001). Al mismo tiempo, la perplejidad que podemos encontrar ante el texto de Ireneo es análoga a aquella que Nicodemo manifestó frente a las palabras de Cristo: en ambos casos, son perplejidades que todos concedemos al sentido común.

Según un estudio contemporáneo, los primeros cristianos gustaban de llamarse a sí mismos hermanos, a través del término griego ἀδελφός (adelphos), que en su traducción literal quiere decir: “del mismo seno” (Hahn, Dios te salve, Reina y Madre, 2002). Quizá para ellos, las palabras de Cristo referidas a la necesidad de una regeneración (aquel “nacer de nuevo” expresado a Nicodemo) no resultaban tan extrañas, sino que más bien encontraban su apoyo en la predicación, la oración y la reflexión meditada de textos patrísticos como el de San Ireneo (Quasten, 2001). Hermanos en un sentido espiritual, místico. Hermanos en Cristo, hijos de una misma madre espiritual, la madre carnal de Cristo: María<sup>2</sup>.

#### **IV. María, madre de los últimos tiempos**

Al inicio del capítulo décimo segundo del libro del Apocalipsis, se encuentra el siguiente texto:

---

<sup>2</sup> Massuet sostiene que Ireneo se está refiriendo únicamente a la Iglesia. Sin embargo concluimos, de la mano de una larga tradición, que su pensamiento habla de María y -en un sentido más amplio- es una referencia simultánea a la Iglesia y a María. (Delahaye, 1964).

**Καὶ σημεῖον μέγα ὄφθη ἐν τῷ οὐρανῷ, γυνὴ περιβεβλημένη τὸν ἥλιον, καὶ ἡ σελήνη ὑποκάτω τῶν ποδῶν αὐτῆς, καὶ ἐπὶ τῆς κεφαλῆς αὐτῆς στέφανος ἀστέρων δώδεκα** (Parallel Bible, 2020).

*Et signum magnum paruit in caelo mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus et in capite ejus corona stellarum duodecim* (Nolli, 2001, p. 1300).

“Y una gran señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (Juan, 2004).

Como todos los contenidos del último libro de la Biblia, su estudio literal está cargado de cierta perpleja complejidad: “la interpretación del libro del Apocalipsis se complica aún más porque, en la visión de San Juan, los sentidos literal y espiritual parecen mezclarse” (Hahn, La Cena del Cordero, 2004). Aquí sí es posible y previsible entrar en el terreno de los símbolos, las alegorías, las figuras, las prefiguraciones, los tipos y los arquetipos. Desde la dimensión histórica, tales palabras se han interpretado como si estuvieran aplicadas al pueblo de Israel, a la Iglesia y también a la Virgen María, no necesariamente desde perspectivas excluyentes, sino más bien complementarias: “todo esto se aplica primero a la Iglesia, pero María la precedió en este camino. También ella dio a luz al Cristo místico y este parto fue un parto doloroso” (Rahner, 2002).

Sobre la lectura de María como mujer del Apocalipsis, hay testimonios antiguos, como el de Oecumenius (Weinrich, 2001) -principios del Siglo VI- o Haymonis (Haymonis, 1852), que vivió entre 778 y 853: este último compara los sentidos eclesial y mariológico. San Bernardo (1090-1153), personaje de autoridad en estos temas, escribió: “María se presenta vestida de sol, ya que ella penetró el profundo abismo de la sabiduría divina más allá de cuanto pudiera creerse” (Clarevallensi, 1860). Siglos más tarde, Cornelio a Lapide (1567-1637) escribió: “María es ciertamente la mejor parte de la Iglesia, miembro escogido entre todos, su más noble hija. Por eso incesantemente anhela engendrar a Cristo, su hijo, en las almas de todos los creyentes y este anhelo irá creciendo hasta el fin de los tiempos” (Lapide, 1662).

Profundizando en la interpretación mariológica del Apocalipsis, un autor contemporáneo considera que este texto bíblico “confirma el significado eclesiológico de María al pie de la Cruz; y viceversa, la presencia de María al lado del Crucificado hace posible la extensión a la mujer del Apocalipsis en la lucha contra el dragón” (Vanni, 1994). Con el paso de los siglos, “el velo es levantado en el clímax de la historia” (Hahn, Dios te salve, Reina y Madre, 2002, p. 130), y las tres mencionadas acepciones (pueblo de Israel, Iglesia, María) “se encuentran fuertemente vinculadas entre sí y en último término apuntan a Cristo y a su Madre. El pasado fue hecho en razón del futuro, Israel en función de la Iglesia que fundaría el Salvador, la historia antigua se escribió con

sucesos que presagiarían los nuevos tiempos, y el Antiguo Testamento se redactó como preparación y símbolo del Nuevo Testamento” (Riofrío & Jaramillo, 2014).

Tal es la certeza en esta doctrina, que el arte ha fusionado en una sola persona a María y su arquetipo apocalíptico (Pacheco-Bustillo, 2001). Esto es algo connatural en la América latina, por la presencia de imágenes como la colonial Virgen ecuatoriana de Bernardo de Legarda, sin duda modelada de acuerdo con las pautas del capítulo décimo segundo del Apocalipsis: vestida de cielo, la luna bajo sus pies, la corona de doce estrellas sobre su cabeza e inclusive las alas que la protegerán del dragón infernal. La Virgen de Legarda está presente en el centro del retablo de la emblemática iglesia quiteña de San Francisco. Una inmensa réplica se encuentra también -literalmente- en medio de la ciudad de Quito, bajo la advocación de la Virgen del Panecillo o Virgen de Quito y son muchísimos los hogares ecuatorianos que cuentan con las réplicas domésticas de la “Virgen de Legarda” (Riofrío & Jaramillo, 2014).

Pero la identificación iberoamericana entre María y la mujer de los últimos tiempos tiene otra razón de ser más antigua y generalizada: basta una sencilla observación a la imagen de la Virgen de Guadalupe, para descubrir en ella reveladores trazos de aquella mujer encinta, vestida de sol, con la luna bajo sus pies (Alarcón-Méndez, 2013). Se echa de menos, sin embargo, la corona de doce estrellas, que llegará -pensamos- en su momento.

Con todo lo dicho, concluimos que es factible descubrir -y redescubrirlo constantemente, maravillarse una y otra vez- a María como la *Madre de los últimos tiempos*: aquella mujer que sufre dolores de parto por la salvación de su nueva prole, adquirida junto a la Cruz. Es el doloroso trabajo de acompañamiento, protección, paciencia y sostenimiento de aquellos que mantienen el combate final junto a ella, para alcanzar esa re-generación espiritual en Cristo, aquel re-nacer, desde ella, *ex ea*, en la vida eterna. Doloroso sufrimiento al ver las desviaciones de sus hijos (cristianos tantas veces incoherentes, falsos, corruptos, egoístas, aprovechados) e interceder ante su Hijo y ante sus propios corazones -tantas veces necios- para que regresen al buen camino.

¿Es también María madre de los *penúltimos tiempos*? De alguna manera, la literatura bíblica profética presenta “una sucesión de alegorías que contienen enseñanzas espirituales” (Pérez-Millos, 2009) y posee un efecto cíclico-repetitivo en el espacio y el tiempo. Cada época tiene su comienzo y su fin. En palabras del Papa Francisco, al terminar el año 2019: “no estamos viviendo una época de cambios sino un cambio de época” (Papa-Francisco, La Santa Sede, 2019). Un cambio de época, que no pocos interpretan como aquella previa al triunfo del Corazón Inmaculado de María anunciado por la Santísima Virgen a los pastorcitos de Fátima, el 13 de julio de 1917, junto con los famosos tres secretos (Barthas, 2017). Una vez que triunfe su Inmaculado Corazón, la Virgen de Guadalupe lucirá -orgullosa- su corona de estrellas: las estrellas -en un sentido poético

y quizá también místico- serán aquellos hijos vencedores de los *penúltimos tiempos* -¿los momentos actuales?- que brillarán junto con ella y la acompañarán en la batalla final -últimos tiempos- del Apocalipsis, descrita en la continuación de este libro profético.

Cada fin de época tiene sus peculiares batallas, hasta que llegue la última y definitiva. Con respecto a María en la historia, “el culto de la fe y el afecto amoroso a la Virgen María aumentan en la Iglesia con el crecer de los siglos: en realidad es un misterio escatológico” (Rahner, 2002). Abundando en los momentos actuales, se podría citar a Grignon de Montfort -a lo mejor refiriéndose a un tiempo actualmente inminente- cuando escribe lo siguiente: “el reinado de Nuestro Señor Jesucristo que ha de llegar a este mundo no sucederá sino después del conocimiento y el reinado de la Santísima Virgen María (...) que ha de ser la que nos manifieste su segunda venida” (Cevallos-Moreno, 2020): son palabras escritas con siglos de anticipación al mensaje de Fátima, y en plena consonancia con el mensaje en torno al reinado de su Corazón Inmaculado. Y sobre el final de los tiempos: “en el alborar de los últimos días, cuando todos los abismos se abren y el gran dragón comience su batalla contra Dios, se manifestará la gran señal, la Mujer victoriosa -y entonces se cumplirá, a las puertas del nuevo paraíso, que comenzó a desplegarse a las puertas del paraíso perdido y se ha realizado en la Iglesia: la Mujer aplastará la cabeza de la serpiente” (Rahner, 2002, p. 159).

## V. Autores

En el presente capítulo, se expondrá una recopilación de textos que, en el transcurrir de los siglos, han afirmado con bastante claridad que todo lo estudiado hasta ahora -las consideraciones de María como madre de la divinidad, de la humanidad y de los últimos tiempos- forman parte de la tradición cristiana, desde sus primeros momentos; y que los cristianos pueden considerarse hermanos en ella, por re-generarse desde el seno de María y por re-nacer desde su amor materno *-ex illa-* a la vida sobrenatural.

### 1. Εἰρηναῖος – Ireneo de Lyon (130-202).

Conviene empezar ese elenco de autores con la cita del propio Ireneo de Lyon. El pasaje corresponde al libro cuarto de su obra “Adversus haereses”, o “Contra omnes haereses”. Estamos frente a una defensa apologista de la fe primitiva en Cristo, ante grupos que se consideraban a sí mismos como portadores de unos saberes superiores y secretos: algo contrario al cristianismo original. A estos grupos se les conoce con el nombre de Γνωστησισμός (gnósticos). El texto, probablemente desea enfatizar en la pureza de la humanidad de Cristo y María, ya que los gnósticos consideraban a la carne como algo negativo, degradado, necesitado de purificación (Conferencia



del Episcopado Mexicano, 2020). A continuación, se transcribe el párrafo completo de la mencionada obra (Lugdunensis, 180) en castellano y latín.

Texto en castellano:

(A Cristo) se le dio por nombre admirable consejero, Dios fuerte" (Is 9,6): han predicado al Emmanuel nacido de la Virgen (Is 7,14), queriendo significar la unión del Verbo de Dios con su criatura; porque el Verbo de Dios se haría carne, y el Hijo de Dios Hijo del Hombre. Siendo él puro, abriría puramente la matriz pura que regenera los hombres para Dios, la cual él mismo hizo pura; y así el "Dios fuerte" (Is 9,6) que se hizo lo que nosotros somos, tiene un origen inefable (Ireneo, 2020).

Existen fragmentos en griego, pero ha llegado hasta nuestros días solamente la obra completa en latín. El texto correspondiente es el siguiente:

*Admirabilis, Consiliarius, Deus fortis; et qui eum ex Virgine Emmanuel prsedicabant, adunitionem Verbi Dei ad plasma ejus manifestabant: quoniam Verbum caro erit, et Filius Dei Filius Hominis; (purus pure bpuram aperiens vulvam eam quae regenerat homines in Deum, quam ipse puram fecit) et hoc factus, quod et nos, Deus fortis 6est, et inenarrabile habet genus* (Harvey, 2020).

## 2. Andrés de Creta – Andrés de Jerusalén (650- s.VIII).

San Andrés de Creta, al igual que San Ireneo, también se encuentra dentro del catálogo de los denominados Padres de la Iglesia; es decir, escritores cristianos de los primeros siglos, que -según antiguas tradiciones- tuvieron vidas ejemplarmente santas y defendieron la fe primitiva, a través de abundantes escritos que se conservan hasta el presente (Quasten, 2001)<sup>3</sup>. La lectura meditada de los Padres de la Iglesia ha significado, para algunos personajes de la historia y el mundo contemporáneo como Newman, Francis J. Beckwith o John Bergsma, un retorno a las raíces del cristianismo primitivo. Es digno de mención que el último evento conciliar de la Iglesia católica - el Concilio Vaticano II- hizo un esfuerzo encomiable por retornar a las fuentes patrísticas: basta leer el número de citas que sus documentos poseen al respecto para tomar conciencia de ello. Con respecto a San Andrés, estamos frente a un arzobispo venerado actualmente por las Iglesias católica y ortodoxas; y reconocido por su labor con niños huérfanos y ancianos; y por su predicación y composición de himnos sagrados (Migne, 1857). A continuación, su texto mariano en la versión castellana:

Efectivamente, de un modo misterioso que ni la mente puede comprender, ni las palabras expresar, penetró en este tabernáculo aquel que, no pudiendo ser abarcado, ni contenido, se dignó morar en el seno de la Virgen, que desde su origen gozaba de una pureza sin par. En ella se realizó el misterio de la Encarnación e inició el curso de su vida terrena el que no tiene necesidad de nada y, sin embargo, quiso asumir la pobre y humilde naturaleza

---

<sup>3</sup> Los aportes de los Padres de la Iglesia son alimento del Concilio de Éfeso (461) en el que se definió la divinidad de nuestro Señor Jesucristo y que por la hipóstasis de su naturaleza divina y humana "unido desde el seno materno", se define también que la Virgen María es Madre de Dios – Θεοτόκος – *Theotokos* (Cevallos-Moreno, 2020).

humana. En este tabernáculo escogido, que es obra de Dios, tienen su cumplimiento toda la ley y los profetas y todos los símbolos y figuras quedan superados, igual que la imagen de un espejo cede ante la realidad (cfr. 1 Co 13, 12). Dicho todo esto, como un preludeo e introducción, pasemos ya desde las imágenes a la verdad y entremos por fin en el santuario (...). Todo esto se pone de manifiesto en la fiesta de hoy, por haberse Cristo llevado de la tierra a su madre siempre virgen, en cuyo seno, de un modo inescrutable, Él, siendo Dios, se hizo hombre. En virtud de este misterio profundo, pero no del todo escondido, ella ha sido constituida Reina de los hombres (...), Tabernáculo divino (Cretensis, 1995).

### 3. Tomás de Aquino (1224-1274).

Este santo es conocido por la sutil profundidad de sus escritos y por haber dedicado su vida entera a buscar las insondables conexiones existentes entre razón y fe, a través de estudios elaborados de conformidad con los cánones académicos de su tiempo. La historia no ha hecho más que confirmar la grandeza intelectual y la autoridad de un pensamiento analítico y sintético al mismo tiempo (Enrique Alarcón, 2020). Hemos citado antes unas palabras suyas: ahora se mencionará la primera frase (no transcrita) del párrafo comentado:

Es cierto que la Bienaventurada Virgen ha redundado en gracia sobre nosotros, no por ser autora de la gracia -porque no lo es- sino porque la gracia de Cristo redundó en su carne. El texto original es el siguiente: *sic enim beata virgo redundavit gratiam in nos, ut tamen auctrix gratiae nequaquam esset, sed ab anima eius gratia redundavit in carnem* (Aquinae, 1952).

### 4. Luis María Grignon de Montfort (1673-1716).

Los textos que se leerán a continuación pertenecen a la obra más conocida de este personaje francés. Sacerdote, predicador, misionero y hombre dedicado al cuidado de pobres y enfermos. Su libro en cuestión se llama *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* y ha sido traducido a incontables idiomas. Estuvo desaparecido por mucho tiempo, pero finalmente ha sido divulgado por todo el mundo. Se han cumplido los presagios de su autor, con respecto a su trabajo intelectual: los de tener enorme influencia sobre la práctica religiosa del pueblo devoto. Resulta especialmente significativa la consagración a la Virgen que San Luis María propuso en su obra, y que se difunde con rapidez en el mundo contemporáneo (Luizinho, 2020). A continuación, presentamos dos documentos extraídos del mencionado trabajo: uno directamente de él; el otro, citado por Réginald Garrigou-Lagrange.

El primer documento de Luis María Grignon de Montfort:

Uno por uno, todos han nacido en ella” (Sal. 87,6 y TVD 264), dice el Espíritu Santo. Según la explicación de algunos Padres (Olier, Cartas, p.883), un primer hombre nacido de María es el Hombre-Dios, Jesucristo; el segundo es un hombre-hombre, hijo de Dios y de María por adopción.

Ahora bien, si Jesucristo, Cabeza de la humanidad, ha nacido de ella, los predestinados (1Tim 2, 4), que son los miembros de esta Cabeza, deben también, por consecuencia necesaria, nacer de ella (LG 53; SM 12), ninguna madre da a luz la cabeza sin los miembros, ni los miembros sin la cabeza: de lo contrario, aquello sería un monstruo de la naturaleza. Del mismo modo, en el orden de la gracia, la Cabeza y los miembros nacen de la misma madre (San Pío X, 8-9-1903). Y si un miembro del Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, un predestinado, naciese de una madre que no sea María, la que engendró a la Cabeza, no sería un predestinado ni miembro de Jesucristo sino un monstruo en el orden de la gracia.

Más aún, Jesucristo es hoy, como siempre, fruto de María. El cielo y la tierra lo repiten millares de veces cada día: “y bendito es el fruto de tu vientre” (Lc 1, 42) Jesús”. Es indudable, por tanto, que Jesucristo es tan verdaderamente fruto y obra de María para cada hombre en particular que lo posee, como para todo el mundo en general. De modo que, si algún fiel tiene a Jesucristo formado en su corazón, puede decir con osadía: “¡Gracias mil a María; lo que poseo es obra y fruto suyo, ¡y sin Ella no lo tendría!” Y se pueden aplicar a María, con mayor razón de la que tenía San Pablo para aplicárselas a sí mismo, estas palabras: “Hijos míos, otra vez me causan dolores de parto hasta que Cristo tome forma en ustedes” (Gal 4, 19. Ver TVD 56. Guerrico, PL 185, 197 A) todos los días doy a luz a los hijos de Dios hasta que se asemejen a Jesucristo (Ef 4, 13; Gal 4, 19) mi Hijo, en madurez perfecta.

San Agustín (PL 40, 399. 659-660) excediéndose a sí mismo y a cuanto acabo de decir, afirma que todos los predestinados –para asemejarse realmente al Hijo de Dios– están ocultos, mientras viven en este mundo, en el seno de la Santísima Virgen, donde esta bondadosa Madre los protege, alimenta, mantiene y hace crecer... hasta que los da a luz para la gloria después de la muerte, que es, a decir verdad, el día de su nacimiento, como llama la Iglesia a la muerte de los justos. ¡Oh misterio de la gracia, desconocido de los réprobos y poco conocido de los predestinados! (Montfort, 2009).

El segundo documento de Luis María Grignon de Montfort:

Es ella quien dio la vida al Autor de toda gracia, y por esto es llamada Madre de la gracia. Dios Padre, de quien desciende todo don perfecto y toda gracia como de su fuente esencial, dándole a su Hijo, le dio todas sus gracias; de suerte que, como dice San Bernardo, le fue dada la voluntad de Dios en El y con El.

Dios la eligió para ser la tesorera, y la dispensadora de todas sus gracias, de suerte que todas las gracias y todos los dones pasan por sus manos... Puesto que María formó a Jesucristo Cabeza de los predestinados, también Ella ha de formar los miembros de esta Cabeza, los verdaderos cristianos... Recibió de Dios un particular dominio sobre las almas, para alimentarlas y hacerlas crecer en Dios. San Agustín incluso dice que, en este mundo, los predestinados están contenidos todos en el seno de María y que no nacen más que cuando esta Madre buena les engendra para la vida eterna... A Ella le dijo el Espíritu Santo: *In electis meis mitte radices* (Ecles 24, 13. Echad raíces en mis elegidos... Las raíces de una profunda humildad, de una ardiente caridad y de todas las virtudes.

María es llamada por San Agustín, y en efecto lo es, el molde vivo de Dios, *forma Dei*, es decir, que sólo en Ella se formó el Dios hecho hombre... y también que sólo en Ella pudo el hombre formarse en Dios... Todo el que es arrojado en ese molde y se deja

modelar, recibe todos los rasgos de Jesucristo, verdadero Dios, sucediendo este hecho de una manera proporcionada a la debilidad humana, sin muchas penalidades, de manera segura, sin temor a la ilusión, pues el demonio no tiene ni tendrá jamás acceso a María santa inmaculada, sin sombra de la menor mancha de pecado.

¡Qué diferencia hay entre un alma formada en Jesucristo por las vías ordinarias de quienes, como los escultores, se fían de su habilidad y se apoyan en su industria, y un alma perfectamente manejable, desligada y fundida y que, sin el menor apoyo en sí misma, se arroja en brazos de María y se deja conducir por el Espíritu Santo! ¡Cuántas manchas, cuántos defectos, cuántas tinieblas e ilusiones, cuánto de natural y humano en la primera, mientras que la segunda es pura, divina y semejante a Jesucristo!...

¡Dichosa, mil veces dichosa, es el alma, aquí en la tierra a quien el Espíritu Santo revela el secreto de María, para conocerla, y a quien abre ese jardín cerrado para que entre en él, esa fuente sellada para sacar y beber a grandes sorbos las aguas vivas de la gracia! Esa alma no encontrará más que a Dios en María... Sólo Dios habita en Ella y lejos de retener un alma para sí, muy al contrario, la arroja y la une a Dios (Grignion, 2000).

## 5. Giuseppe Melchiorre Sarto – San Pio X (1835-1914).

Pío X fue un Papa de épocas convulsas, que supo reformar aquellas disposiciones que se habían quedado anacrónicas -como la prohibición a los católicos de participar en la vida política de Italia- y al mismo tiempo procuró conservar los contenidos fundamentales de la fe, ante propuestas que desviaban a la tradición cristiana de su cauce original. Su cuerpo incorrupto es visible a los peregrinos que visitan la Basílica de San Pedro en Roma y luce como epitafio unas palabras que lo describen bien, según los testimonios de la época: “su tiara estaba formada por tres coronas: pobreza, humildad y bondad” (Dal-Gal, 1985). El 2 de febrero de 1904 escribió una Carta encíclica sobre Santa María, para conmemorar los cincuenta años de la declaración del dogma de la Inmaculada Concepción; de allí las palabras que a continuación se citan:

¿No es María Madre de Cristo? Por tanto, también es madre nuestra. Pues cada uno debe estar convencido de que Jesús, el Verbo que se hizo carne, es también el salvador del género humano y en cuanto Dios-Hombre, fue dotado, como todos los hombres, de un cuerpo concreto; en cuanto restaurador de nuestro linaje, tiene un cuerpo *espiritual*, al que se llama *místico*, que es la sociedad de quienes creen en Cristo. *Siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo* [Rom. 12, 5]. Por consiguiente, la Virgen no concibió tan sólo al Hijo de Dios para que se hiciera hombre tomando de ella la naturaleza humana, sino también para que, a través de la naturaleza tomada de ella, se convirtiera en salvador de los mortales. Por eso el Ángel dijo a los pastores: *Os ha nacido hoy el Salvador, que es el Señor Cristo* [Lc. 2, 11]. Por tanto, en ese uno y mismo seno de su castísima Madre Cristo tomó carne y al mismo tiempo unió a esa carne su cuerpo *espiritual* compuesto efectivamente por todos aquellos que *habían de creer en El*. De manera que cuando María tenía en su vientre al Salvador puede decirse que gestaba también a todos aquellos cuya vida estaba contenida en la vida del Salvador. Así pues, todos cuantos estamos unidos con Cristo y los que, como dice el Apóstol, *somos miembros de su cuerpo, partícipes de su carne y de sus huesos* [Efes. 5, 30], hemos

salido del vientre de María, como partes del cuerpo que permanece unido a la cabeza. De donde, de un modo ciertamente espiritual y místico, también nosotros nos llamamos hijos de María y ella es la madre de todos nosotros. *Madre en espíritu... pero evidentemente madre de los miembros de Cristo que somos nosotros* [San Agustín, de S. Virginitate, c. 6]. En efecto, si la bienaventurada Virgen es al mismo tiempo Madre de Dios y de los hombres ¿quién es capaz de dudar de que ella procurará con todas sus fuerzas que Cristo, *cabeza del cuerpo de la Iglesia* [Col. 1, 18], infunda en nosotros, sus miembros, todos sus dones, y en primer lugar que le conozcamos y que *vivamos por él?* (Pío-X, 1904)

## 6. Réginald Garrigou-Lagrange (1877-1964).

Lagrange, filósofo, teólogo y prolijo escritor, destacó sobre todo en el campo de la Espiritualidad. Citamos unas palabras suyas sobre la maternidad de María, que concluyen con un texto ya transcrito de Grignon de Montfort, y que -por lo tanto- será obviado. He aquí el resultado de su pluma:

¿Cuál es la extensión de su maternidad?

Es, en primer lugar, Madre de los fieles, de todos los que creen en su Hijo y reciben por Él la vida de la gracia. Pero es también Madre de todos los hombres, en tanto que nos ha dado al Salvador de todos y en tanto que se unió a la oblación de su Hijo que derramaba su sangre por todos. Esto lo afirman León XIII, Benedicto XV y Pío XI<sup>4</sup>.

Además, no es tan sólo Madre de los hombres en general, como se puede decir de Eva desde el punto de vista natural, sino que es la Madre de cada uno de ellos en particular, pues intercede por cada uno y obtiene las gracias que cada uno de nosotros recibe en el transcurso de las generaciones humanas. Jesús dice de sí mismo que Él es el Buen Pastor *que llama a sus ovejas, a cada una por su nombre, nominatim* (Io 10, 3); algo parecido sucede con María, Madre espiritual de cada hombre en particular (...).

Sin duda, se comprende el sentido de las palabras que la Iglesia canta todos los días en la Salve: *Salve Regina, Mater misericordiae; vita, dulcedo et spes nostra, Salve. Ad te clamamus exsules filii Hevae. Ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrimarum valle...*

San Grignon de Montfort ha expuesto admirablemente las consecuencias de esta doctrina (*Vid. Supra II, 3*). De este modo, la doctrina cristiana sobre María se convierte con San Grignon de Montfort en objeto de una fe penetrante y sabrosa, de una contemplación que conduce por sí misma a una verdadera y vigorosa caridad. (Garrigou-Lagrange, 1990).

## 7. Karol Józef Wojtyła – San Juan Pablo II (1920-2005).

Es bastante conocido el amor y la devoción que tuvo Juan Pablo II hacia la Virgen María, desde su infancia. Los autores que se han citado anteriormente fueron parte de su meditación personal y su estudio, hasta llegar a conclusiones propias y auténticos encuentros personales con María: le

---

<sup>4</sup> León XIII no sólo llama a María madre de los cristianos, seno del género humano, enc. *Octobri mense*, del 22 de septiembre de 1891; ep. *Amantissimae voluntatis*, del 14 de abril de 1895. enc. *Adjutricem populi*, del 25 de septiembre de 1895. Benedicto XV la llama Madre de todos los hombres, carta apost. *Inter sodalicia*, del 22 de marzo de 1918; de la misma manera, Pío XI, carta apost. *Explorata res*, del 2 de febrero de 1923; enc. *Rerum Ecclesiae*, del 21 de febrero de 1926.

gustaba decir que la experiencia del amor mariano es algo eminentemente personal, único e irrepetible. Lo dejó reflejado en el lema montfortniano de su pontificado *-totus tuus-* y en tantos de sus escritos (Weigel, 2014). A continuación, presentamos algunos de ellos, vinculados a la temática mariológica objeto del presente estudio.

El primer documento de Juan Pablo II corresponde a una de sus habituales audiencias papales:

Según san Ireneo, María «se ha convertido en causa de salvación para todo el género humano» (Adv. Haer., III, 22, 4: PG, 7, 959) y el seno puro de la Virgen «vuelve a engendrar a los hombres en Dios» (Adv. Haer., IV, 33, 11: PG, 7, 1080). Le hace eco san Ambrosio, que afirma: «Una Virgen ha engendrado la salvación al mundo, una Virgen ha dado la vida a todas las cosas» (Ep. 63, 33: PL, 16, 1198); y otros Padres, que llaman a María «Madre de la Salvación» (Severiano de Gabala, Or. 6 *De mundi creatione*, 10: PG, 54, 4; Fausto de Riez, Max Bibl. Patrum VI, 620-621). En el medioevo, san Anselmo se dirige a María con estas palabras: «Tú eres la madre de la justificación y de los justificados, la madre de la reconciliación y de los reconciliados; la madre de la salvación y de los salvados» (Or. 52, 8: PL, 158, 957), mientras que otros autores le atribuyen los títulos de «Madre de la gracia», y «Madre de la vida» (Juan-Pablo-II, Audiencia General, 19-IX-1997).

El segundo texto también fue documentado después de una audiencia general del Pontífice y publicado posteriormente:

María, asociada a la victoria de Cristo sobre el pecado de nuestros primeros padres, aparece como la verdadera «madre de los vivientes» (Adv. Haer., 3, 22, 4). Su maternidad, aceptada libremente por obediencia al designio divino, se convierte en fuente de vida para la humanidad entera, cfr. Adv. Haer., 5, 19, 1 (Juan-Pablo-II, La Virgen María, 1998).

Estas palabras de Juan Pablo II fueron pronunciadas en otra de sus Catequesis:

La maternidad de María con respecto a nosotros no consiste sólo en un vínculo afectivo: por sus méritos y su intercesión, ella contribuye de forma eficaz a nuestro nacimiento espiritual y al desarrollo de la vida de la gracia en nosotros. Por este motivo, se suele llamar a María Madre de la gracia, Madre de la vida. El título de Madre de la vida, que ya usaba san Gregorio de Nisa, lo explicó así Guerrico d'Igny, muerto en el año 1157: «Ella es la Madre de la Vida, de la que viven todos los hombres: al engendrar en sí misma esta vida, en cierto modo regeneró a todos los que la vivirían. Sólo uno fue engendrado, pero todos nosotros fuimos regenerados» (*In Assumpt.* I, 2: PL, 185, 188). Un texto del siglo XIII, el *Mariale*, usando una imagen atrevida, atribuye esta regeneración al «parto doloroso» del Calvario, con el que «se convirtió en madre espiritual de todo el género humano»; en efecto, «en sus castas entrañas concibió, por compasión, a los hijos de la Iglesia» (Q. 29, par. 3). Cfr. Adv. Haer, 3, 22, 4: SC 211, 441, Lumen Gentium, 61 (Juan-Pablo-II, Audiencia General, 25-X-1995).

Por último, transcribimos una explicación de Juan Pablo II sobre María, la Iglesia y la mujer del Apocalipsis, desarrollada en su Carta Encíclica *Evangelium Vitae*, sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana, y publicada el 25 de marzo de 1995:

«Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol» (Ap 12, 1): la maternidad de María y de la Iglesia

103. La relación recíproca entre el misterio de la Iglesia y María se manifiesta con claridad en la «gran señal» descrita en el Apocalipsis: «Una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies, y una corona de doce estrellas sobre su cabeza» (12, 1). En esta señal la Iglesia ve una imagen de su propio misterio: inmersa en la historia, es consciente de que la trasciende, ya que es en la tierra el «germen y el comienzo» del Reino de Dios». La Iglesia ve este misterio realizado de modo pleno y ejemplar en María. Ella es la mujer gloriosa, en la que el designio de Dios se pudo llevar a cabo con total perfección.

La «Mujer vestida del sol» -pone de relieve el Libro del Apocalipsis- «está encinta» (12, 2). La Iglesia es plenamente consciente de llevar consigo al Salvador del mundo, Cristo el Señor, y de estar llamada a darlo al mundo, regenerando a los hombres a la vida misma de Dios. Pero no puede olvidar que esta misión ha sido posible gracias a la maternidad de María, que concibió y dio a luz al que es «Dios de Dios», «Dios verdadero de Dios verdadero». María es verdaderamente Madre de Dios, la Theotokos, en cuya maternidad viene exaltada al máximo la vocación a la maternidad inscrita por Dios en cada mujer. Así María se pone como modelo para la Iglesia, llamada a ser la «nueva Eva», madre de los creyentes, madre de los «vivientes» (cf. Gn 3, 20).

La maternidad espiritual de la Iglesia sólo se realiza -también de esto la Iglesia es consciente- en medio de «los dolores y del tormento de dar a luz» (Ap 12, 2), es decir, en la perenne tensión con las fuerzas del mal, que continúan atravesando el mundo y marcando el corazón de los hombres, haciendo resistencia a Cristo: «En Él estaba la vida y la vida era la luz de los hombres, y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron» (Jn 1, 4-5).

Como la Iglesia, también María tuvo que vivir su maternidad bajo el signo del sufrimiento: «Este está puesto... para ser señal de contradicción -y a ti misma una espada te atravesará el alma- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones» (Lc 2, 34-35). En las palabras que, al inicio de la vida terrena del Salvador, Simeón dirige a María está sintéticamente representado el rechazo hacia Jesús, y con Él hacia María, que alcanzará su culmen en el Calvario. «Junto a la cruz de Jesús» (Jn 19, 25), María participa de la entrega que el Hijo hace de sí mismo: ofrece a Jesús, lo da, lo engendra definitivamente para nosotros. El «sí» de la Anunciación madura plenamente en la Cruz, cuando llega para María el tiempo de acoger y engendrar como hijo a cada hombre que se hace discípulo, derramando sobre él el amor redentor del Hijo: «Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo a quien amaba, dice a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"» (Jn 19, 26) (Juan-Pablo-II, Carta Encíclica "Evangelium Vitae", 1995)

## 8. Scott Hahn (1957).

Hahn es un teólogo norteamericano experto en Sagradas Escrituras, formado a través de diferentes confesiones cristianas, hasta su ingreso en la Iglesia católica, tal como dejó escrito -de forma sencilla y amena- en su obra profunda, pero de fácil lectura: *Rome, sweet home*. Sus perspectivas teológicas resultan novedosas, y al mismo tiempo significan un retorno a las raíces mismas del cristianismo, explicadas de manera bastante coloquial -al estilo de tantos escritores de su tierra natal- sin perder en ningún momento el rigor científico: esto se nota, por ejemplo, en la constante referencia a las fuentes primarias que forman parte de la construcción de su pensamiento. A continuación, presentamos un largo texto, lleno de riqueza, tradición y solera: es un verdadero redescubrimiento de los fundamentos primitivos de la fe cristiana.

Aquí el documento de Scott Hann, para provecho y complacencia del lector:

Madre María, Madre de la Iglesia.

También San Agustín sostuvo que la mujer del Apocalipsis «significa a María que, siendo sin mancha dio a luz a nuestra cabeza inmaculada. Ella misma mostraría también en sí misma una figura de la santa Iglesia, de forma que al igual que ella permaneció virgen al dar a luz a un Hijo, así también la Iglesia habría de estar dando a luz a los miembros de aquél durante todo el tiempo, sin perder su estado virginal».

Como María dio a luz a Cristo al mundo, así la Iglesia da a luz creyentes, «otros Cristos», a cada generación. Como la Iglesia se convierte en madre de los creyentes en el bautismo, así María se convierte en madre de los creyentes en cuanto hermanos de Cristo. La Iglesia, en palabras de un profesor reciente, «reproduce el misterio de María».

Podemos leer todas estas interpretaciones como una glosa a un impresionante pasaje de San Ireneo, que mencionamos en el capítulo anterior. El niño es, sin duda, «el ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios». Y la «otra descendencia» que vemos en el Apocalipsis son, con igual seguridad, aquellos que son regenerados en Dios, los que han nacido del mismo seno que Jesucristo.

Leído a la luz de los Padres, Apocalipsis 12 puede iluminar nuestra lectura de los pasajes del Nuevo Testamento que describen a los cristianos como hermanos de Cristo. La palabra griega que designa «hermano», *adelphos*, significa literalmente «del mismo seno». Desde San Juan e Ireneo, pasando por San Efrén y Agustín, los primeros cristianos creyeron que se trataba del seno de María.

El pasaje resulta notablemente rico. Otros Padres vieron a la mujer del Apocalipsis como un símbolo de Israel, que dio a luz al Mesías; o como el Pueblo de Dios a través de los tiempos; o como el imperio davídico, como contrapuesto a los herodianos y los Césares.

Ella es todas estas cosas, como también es el arca de la alianza. Pero mientras todas estas interpretaciones son válidas de manera subsidiaria o secundaria, ninguna puede colmar el sentido primario del texto. Todas estas lecturas simbólicas apuntan más allá de sí mismas a un significado primario que es histórico-literal. O como expresó el cardenal Newman: «los santos apóstoles no habrían hablado de la Iglesia bajo esta imagen particular, de no haber existido una bienaventurada Virgen María exaltada a lo alto y objeto de veneración de todos los fieles» (Newman, *Mystical Rose*).



En palabras de otro experto, la mujer del Apocalipsis debe ser «una persona concreta que personifica a un colectivo» (Leforis). El significado primario, más aún -tanto para la mujer como para su hijo-, debe pertenecer a la persona individual, histórica, la Virgen María, que, al mismo tiempo, fue madre de Cristo y de los miembros de su cuerpo, la Iglesia.

A la medida de un Rey.

Esta es la fuente de nuestro linaje regio. Somos hijos de Dios gracias a nuestra íntima identificación con Jesucristo. En realidad, no podemos conseguir una unión más estrecha con Él que la que conseguimos con el bautismo. Juan Pablo II lo expresó de esta manera: «al salir de las aguas de la sagrada fuente bautismal, cada cristiano vuelve a escuchar la voz que un día fue oída a orillas del río Jordán: "Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco" (Lc 3 22)». Estamos tan íntimamente identificados con Jesús que San Agustín podía decir que «todos los hombres son un hombre en Cristo, y la unidad de los cristianos no constituye más que un hombre». Agustín siguió explicando que, identificados con Cristo, participamos también en su triple misión como sacerdote, profeta y rey (cfr. I Pe 2, 9) (...).

Pío X se hace eco de una enseñanza que se remonta hasta San Ireneo (...) y por tanto, probablemente, hasta al mismo apóstol San Juan. Acuérdate de que Ireneo describió el nacimiento de Jesús como «el ser puro que abriría con toda pureza el puro seno que regenera a los hombres en Dios».

Somos hechos *hermanos y hermanas* de Cristo... *adelphos*, «del mismo seno». Por eso, podemos acercarnos con confianza a la reina madre del cielo, no porque Ella se abaje, en su gran misericordia, a escucharnos, sino porque somos sus hijos, de cuna real, de sangre azul. Podemos ir a Ella no sólo porque es la reina madre de Cristo, sino porque es nuestra reina madre.

Trabajar sin cesar.

En nuestra recién encontrada condición real, ¿cómo vamos a relacionarnos con esta reina madre? Los dogmas marianos nos llevan sólo hasta cierto punto; y de hecho, parece que apuntan más allá de sí mismos. Incluso el dogma más recientemente definido, la ascensión, tiene una cualidad de penúltima explicación: ahora que está en el cielo, ¿qué hace? A fin de cuentas, sabemos lo que hace Jesús; el Apocalipsis nos dice que reina (Ap 22, 3). Sabemos también qué hacen los mártires en el cielo; el Apocalipsis nos dice que oran por la resolución satisfactoria de asuntos terrenos (Ap 6, 9-10).

No sería, por tanto, sorprendente que el Apocalipsis nos dijera qué hace María en el cielo. Como la nueva Eva, «madre de todos los vivientes», cuida maternalmente de la Iglesia, «el resto de su descendencia» (Ap 12, 17). Contestando a la pregunta de por qué la mujer del Apocalipsis está todavía de parto, aunque está en el cielo, San Pío X dijo: «¿Qué alumbramiento? El nuestro seguramente; el de nosotros, que, retenidos todavía en este destierro, tenemos necesidad de ser engendrados en el perfecto amor de Dios y en la eterna felicidad. En cuanto a los dolores del parto, señalan el ardor y el amor con que María vela sobre nosotros desde lo alto del cielo y trabaja con infatigables oraciones en llevar a su plenitud el número de los elegidos».

Siempre madre, María vela por nosotros, reza por nosotros, y nos guía a la plenitud en la vida. El Concilio Vaticano II enseña:

«Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos, LG-62 y CIC-969 (...)». Esto es un test.

María es el test de si un cristiano ha aceptado bien el Evangelio. No es que Ella sea el personaje central de la historia de la salvación. No lo es; lo es Jesús. Pero nuestra comprensión de María revela todo acerca de cómo comprendemos a Jesús y su obra salvífica.

Vivimos mejor nuestra filiación, escuchando a María y amando como Ella ama. Escuchar significa responder cuando Ella dice: «haced lo que Él os diga». Amar significa estar de pie por Cristo, incluso junto a la cruz. Amar significa elegirle, en cada ocasión, por encima del pecado.

La maternidad divina es el lugar donde Eva y el arca llegan a cumplimiento en el cielo y en tu hogar. La maternidad divina es el lugar donde los dogmas de la Iglesia se convierten en leche materna para los que quieren crecer en sabiduría. La maternidad divina es el lugar donde la mística se encuentra con la teología... en nuestro corazón de corazones.

La maternidad divina es el sitio donde Dios quiere que los cristianos se encuentren con Cristo, su hermano. Lo diré de nuevo: *adelphos* significa «del mismo seno». Así pues, es la maternidad la que fundamenta la fraternidad. Para María, el habernos dado a su Hijo es digno de mención. Pero para Jesús, el habernos dado a su madre -a la misma gente que le crucificó y pecó contra su Padre-, ¡eso es algo maravilloso, más allá de lo imaginable! Después de habernos dado a su madre, podemos tener la seguridad de que no hay nada que nos pueda negar (Hahn, Dios te salve, Reina y Madre, 2002, págs. 70, 71, 114, 115, 127, 128).

## 9. Fabrice Hadjadj (1971).

Se cierra este elenco de autores con un párrafo de un escritor y filósofo francés, que en el devenir de su vida ha pasado por el ateísmo, el anarquismo, el nihilismo hasta su posterior conversión a la fe católica, en 1998. Padre de ocho hijos y director del Instituto Philanthropos. Su documento fusiona maravillosamente maternidad y feminidad, lo humano y lo divino, fraternidad con martirio, hasta llegar a relacionarnos a todos con aquel Cristo, formado materialmente en la matriz de María.

Las entrañas femeninas (*rahamim* en hebreo significa a la vez “entrañas” y “misericordia”) son, pues, signo de receptividad a la gracia, ciertamente, pero de una receptividad espiritual y carnal que compromete al cuerpo entero. Este compromiso remite sin duda a la caridad fraterna, a la acción litúrgica, al martirio. Su insuperable horizonte se encuentra, no obstante, en la fisiología marial, en la fisiología de esta mujer cuyas inteligencia y voluntad, aunque también todo su organismo rodeando al útero-santuario, se movilizan como el de cualquier mujer encinta, pero aquí para nutrir al Verbo, por estar encinta de Dios –ese cuerpo femenino como un templo más vivo y más vasto que el Templo de Jerusalén, ese vientre tabernáculo más sagrado que los tabernáculos de nuestras iglesias (Hadjadj, 2010).

## VI. Consecuencias litúrgicas, ascéticas, devocionales y místicas

A raíz de las referencias teológicas expuestas, la devoción popular cristiana y la ascesis o esfuerzo por asumir los criterios de lucha para seguir a Cristo en su camino hacia el Cielo -camino que pasa por la Cruz- han asumido esta teología como una fuente riquísima de auto elaboración de prácticas para la adoración a Dios, el crecimiento personal y la comunicación con las realidades espirituales. Parece evidente, al mismo tiempo, que las consideraciones en torno a una re-generación en el seno de María, poseen también unas connotaciones de naturaleza mística.

La espiritualidad cristiana ha desarrollado reflexiones, oraciones e inclusive textos litúrgicos en torno a María como nueva Eva, madre de los vivientes, seno de Cristo y de la humanidad hermanada con su Hijo -*adelphos*- a través de su mediación maternal. A continuación, presentamos algunos de estos textos, empezando por aquellos que son parte de las Sagradas Escrituras, esta vez leídos y reflexionados desde el contexto mariológico estudiado. Insistimos en que la meditación personal de estos pasajes es importante, para descubrir -bajo la inspiración del Espíritu Santo- aspectos que tienen mucho de personal en el amor a María.

En la medida de lo posible, se presentará el texto en castellano y, posteriormente, su versión en lengua latina: aquella utilizada en las fuentes litúrgicas originarias y en la redacción de los textos clásicos.

1. Jubila y regójate, hija de Sión, porque llegaré y habitaré en medio de ti, dice Yavé. Aquel día se unirán a Yavé muchas gentes que serán mi pueblo, y yo habitaré en medio de ti, y sabrás que Yavé Sabaot me ha enviado a ti. Yavé poseerá Judá, su heredad en la tierra santa, y será Jerusalén su elegida. Calle toda carne ante Yavé, que se ha alzado de su santa morada. *Lauda et laetare, filia Sion, quia ecce ego venio, et habitabo in medio tui, ait Dominus. Et applicabuntur gentes multae ad Dominum in die illa, et erunt mihi in populum, et habitabo in medio tui: et scies quia Dominus exercituum misit me ad te. Et possidebit Dominus Judam partem suam in terra sanctificata, et eliget adhuc Jerusalem. Sileat omnis caro a facie Domini, quia consurrexit de habitaculo sancto suo.* (Zacarías, 1958). Zac 2, 10-13; primera lectura de la Fiesta de la Virgen del Carmen.

2. Sé para mí una roca de refugio, adonde recurra yo continuamente. Tú has dado mandamiento para salvarme, Porque tú eres mi roca y mi fortaleza. Dios mío, líbrame de la mano del impío, De la mano del perverso y violento. Porque tú, oh Señor Jehová, eres mi esperanza, Seguridad mía desde mi juventud. En ti he sido sustentado desde el vientre; De las entrañas de mi madre tú fuiste el que me sacó; De ti será siempre mi alabanza. *Quoniam fortitudo mea et refugium meum es tu. Quoniam tu es expectatio mea, Domine; Domine spes mea a iuventute mea. Súper te iníxus sum ex útero, de ventre matris meae tu es susceptor meus; in te laus mea semper.* (David, 1958). Salmo 71.

3. Señor, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas. Todo lo contrario: he calmado y

aquietado mis ansias. Soy como un niño recién amamantado en el regazo de su madre. ¡Mi alma es como un niño recién amamantado! Israel, pon tu esperanza en el Señor desde ahora y para siempre. *Dómine, non est exaltatum cor meum, neque elati sunt óculi mei; neque ambulavi in magnis, neque in mirabilius super me. Vere pacatam et quietam feci ánimam meam. Sicut ablactatus in sinu matris suae, sicut ablactatus, ita in me est ánima mea. Sperit Israel in Domino ex hoc nunc et usque in saeculum.* (David, 1958). Salmo 131.

4. Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá. *Nudus egréssus sum de útero matris meae et nudus revertar illuc* (Job, 1958). Job, 1, 21. Nótese una posible aplicación ascética: seremos dignos de entrar en María si estamos desprendidos de todo.

5. Por las noches, sobre mi lecho, busco al amor de mi vida; lo busco y no lo hallo. Me levanto y voy por la ciudad, por sus calles y mercados, buscando al amor de mi vida. ¡Lo busco y no lo hallo! Me encuentran los centinelas mientras rondan la ciudad. Les pregunto: «¿Han visto ustedes al amor de mi vida?» Ni bien los he dejado, cuando encuentro al amor de mi vida. Lo abrazo y, sin soltarlo, lo llevo a la casa de mi madre, a la alcoba donde ella me concibió. *In lectulo meo per noctes quæsivi, quem diligit ánima mea; quæsivi illum et non invéni. Surgam et circuibo civitátem; per vicos et platéas quæram, quem diligit ánima mea. Quæsivi illum et non invéni. Invenérunt me vígiles, qui circúmeunt civitátem: "Num, quem diligit ánima mea, vidístis?". Páululum cum pertransíssem eos, invéni, quem diligit ánima mea; ténuí eum nec dimíttam, donec introducám illum in domum matris meae et in cubiculum genetrícis meae* (Salomón, 1958). Cant 3, 1-4; Primera lectura de la Fiesta de Santa María Magdalena.

6. Señor, tú has querido que la Palabra se encarnase en el seno de la Virgen María, concédenos, en tu bondad, que cuantos confesamos a nuestro Redentor, como Dios y como hombre verdadero, lleguemos a hacernos semejantes a él en su naturaleza divina. *Deus, qui Verbum tuum in útero Vírginis Mariae veritátem carnis humanae suscipere voluisti, concede, quaesumus, ut, qui Redemptórem nostrum Deum et hóminem confitémur, ipsíus étiam divínae natúrae mereámur esse consortes* (Congregatio de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum, 2020). Oración Colecta de la Misa de la Anunciación, 25 de marzo.

7. Letanías lauretanas del Santo Rosario.

Madre de Dios.	Torre de Marfil.
<i>Madre de Cristo.</i>	Casa de Oro.
<i>Sede de la Sabiduría.</i>	Arca de la Alianza.
<i>Vaso espiritual.</i>	Puerta del Cielo.
<i>Torre de David.</i>	Refugio de los pecadores.

Bajo tu amparo nos acogemos (*sub tuum praesidium confugimus*).

8. ¿Puede existir, a nivel humano, una «comunidad» comparable a la que se establece entre la madre y el hijo, que lleva antes en su seno y después lo da a luz? (Juan-Pablo-II, Carta a las familias, 2-II-1994)

9. «Sancta María, Stella maris» – Santa María, Estrella del mar, ¡condúcenos Tú! - Clama así con reciedumbre, porque no hay tempestad que pueda hacer naufragar el Corazón Dulcísimo de la Virgen. Cuando veas venir la tempestad, si te metes en ese Refugio firme, que es María no hay peligro de zozobra o de hundimiento (Escrivá, Forja, 2001). Forja, 1055.

10. El ser más profundo consiste precisamente en la inconsciencia vencida por el amor... Me bastaba sentir que te necesitaba para que estuvieras de nuevo a mi lado, me envolvieras, irradiaras todo aquello que no puedo llegar a saber acerca de mí mismo (Volan).

11. Nos hemos conocido, María, tú y yo. María, *Mater Processionis, Mater Mei*, Madre de todos (Rielo, En el Corazón del Padre, 2014).

12. María es, al mismo tiempo, una Madre de misericordia y de ternura, a la que nadie ha recurrido en vano; abandónate lleno de confianza en el seno materno, pídele que te alcance esta virtud (de la humildad) que Ella tanto apreció; no tengas miedo de no ser atendido, María la pedirá para ti de ese Dios que ensalza a los humildes y reduce a la nada a los soberbios; y como María es omnipotente cerca de su Hijo, será con toda seguridad oída (Pecci, 2020).

13. ¡Madre! –Lámala fuerte, fuerte. - Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha (Escrivá, Camino, 1980). Camino, 516.

14. Cuando la madre se sienta, se crea en ella un espacio acogedor –el regazo- en el cual puede el niño venir a acurrucarse. La madre estrecha al niño contra su corazón y quisiera, por una especie de retorno a la condición prenatal, llevarlo todavía en sí misma, no ser más que una cosa con él (...). Para el niño, este regazo es una especie de matriz exterior; le ofrece la leche nutricia, pero representa también el lugar de la máxima seguridad, de la paz, de la ternura (Barbotin, 1977).

15. Cuando era pequeño y estudiaba en Lecaroz, mi tía María me regaló un Kempis (...). Dice que para vivir bien –como Dios manda- el secreto es imitar a Cristo. Ese es el camino. Y Jesucristo-Dios, como hombre, se formó en el seno de la Virgen María «bajo el corazón de María», según la expresión poética del Papa. Así es, hemos de imitar a Cristo en todo, y pienso que también en esto: tengamos la edad que tengamos, hemos de formarnos bajo el corazón de la Virgen, desarrollarnos espiritualmente, crecer en la fe, en la esperanza y en el amor de Dios. Santa María estaba llena de Gracia, llena del Espíritu Santo y necesitamos recibir de ella la energía y la vida de la Gracia de Dios, necesitamos ponernos «bajo el corazón de María». Esto me recuerda a aquello que una noche dijo Jesús a Nicodemo y está narrado en el Evangelio de San Juan: que es necesario «nacer de nuevo». Nicodemo preguntó: «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo?». «¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?». Sí, sí. Podemos renacer a

la vida del espíritu, y formarnos y crecer en la fe, en el amor, poniéndonos bajo el corazón de la Virgen nuestra Madre (Vidal-Quadras, 2002).

16. Madre mía hazme niño, para que pueda yo estar en tus brazos y me puedas apretar contra tu corazón (Delclaux, 1992).

17. Todos a una, como familia que vibra al unísono, nos acogeremos al refugio de la Virgen (Del-Portillo, 1991).

18. Madre nuestra, ¡nuestra Esperanza!, ¡qué seguros estamos, pegaditos a Ti, aunque todo se bambolea! (Escrivá, Forja, 2001). Forja, 474.

19. No hay tempestad que pueda hacer naufragar el corazón de la Virgen. Cada uno siente también las tempestades. Pero si lucháis, si os metéis en ese refugio firme que es María, podéis estar seguros (Escrivá, Meditaciones II, 1987).

20. Fernando Rielo le da a María la advocación de “Madre de la Vida Mística”. En tal sentido, para Fernando Rielo no toda experiencia espiritual es mística -la experiencia del mal es espiritual y negativa al mismo tiempo- pero en la vida mística -sostenida además por una ascesis con verdadera dirección y sentido- María es maestra de la vida espiritual, y es otro modo de explicar cómo María custodia a sus hijos frente a los acechanzas del maligno (Cevallos-Moreno, 2020).

21. Es bueno para mí, por la tarde, cuando rezo el Ángelus, rezar estos siete dolores (de María) como recuerdo de la Madre de la Iglesia, cómo la Madre de la Iglesia con tanto dolor nos ha dado a luz a todos (Papa-Francisco, La Dolorosa, discípula y madre, 2020).

## VII. Un poema

A manera de epílogo, se presenta un poema del reconocido escritor Dámaso Alonso (1898-1990).

Un pequeño fragmento de esta poesía fue recitado por su esposa, el día de su sepelio.

### *A la Virgen María*

*Como hoy estaba abandonado de todos  
como la vida (ese amarillo pus que fluye del bastío,  
de la ilusión que lentamente se pudre,  
de la horrible sombra cárdena donde nuestra húmeda orfandad se condensa)  
goteaba en mi sueño, medidora del sueño, segundo tras segundo,  
mi corazón se rompió en un grito,  
y era tu nombre,  
Virgen María, madre.*

*(Treinta años hace que no te invocaba).*

No, yo no sé quién eres: pero eres una gran ternura.  
No sé lo que es la caricia de la primavera  
cuando la siento subir como una turbia marea de mosto,  
ni sé lo que es el pozo del sueño  
cuando mis manos y mis pies con delicia se anegan,  
y, hundiéndose, aún palpan el agua cada vez más humanamente profunda.

Y los niños, ligados, sordos, ciegos,  
en el materno vientre,  
antes de que por primera vez hinche la oscura llamarada del oxígeno  
la flor gemela de sus pulmones,  
así ignoran la madre,  
protegidos por tiernas envolturas,  
ciudades indefensas, pequeñas y dormidas,  
tras el alerta amor de sus murallas.

Y va y viene el fluido sigiloso y veloz de la sangre,  
y viene y va la secretísima vena  
que trae íntimas músicas, señales misteriosas que conjuró el instinto  
y ellos beben a sorbos ávidos, cada instante más ávidos,  
la vida,  
aún sólo luz de luna sobre una aldea incógnita sumergida en el sueño  
y oscuramente sienten que son un calorcito, que son un palpar,  
que son amor, que son naturaleza,  
se sienten bien arbolitos, del verano en la tarde, a la brisa  
bebiendo una ignorante sucesión de minutos,  
de la tranquila acequia.  
Así te ignoro, madre.

No, yo no sé quién eres, pero tú eres  
luna grande de enero que sin rubor nos besa,  
primavera surgente como el amor en junio,  
dulce sueño en el que nos hundimos,  
agua tersa que embebe con trémula avidez la vegetal célula joven,  
matriz eterna donde el amor palpita,  
madre, madre.

No, no tengo razón. Cerraré, cerraré, como al herir la aurora pesadillas de bronce,  
la puerta del espanto, porque fantasmas eran, son, sólo fantasmas,  
mis interiores enemigos, esa jauría, de carlanca hispida,  
que yo mismo, en traillas, azuzaba frenético hacia mi destrucción,  
y fantasmas también mis enemigos exteriores,  
ese friso de bocas, ávidas ya de befa,  
que el odio encarnizaba contra mí;  
esos dedos, largos como mástiles de navío,  
que erizaban la lívida bocanada de mi escape;  
esas pezuñas, que tamborileaban a mi espalda, crecientes, sobre el llano.

Hoy surjo, aliento, protegido en tu clima,  
cercado por tu ambiente,  
niño que en noche y orfandad lloraba

*en el incendio del horrible barco, y se despierta  
en una isla maravillosa del Pacífico,  
dentro de un lago azul, rubio de sol,  
dentro de una turquesa, de una gota de ámbar  
donde todo es prodigio:  
el aire que flamea como banderas nítidas sus capas transparentes,  
el sueño invariable de las absortas flores carmesíes,  
la pululante pedrería, el crujir, el bullir de los insectos  
como átomos del mundo en su primer hervor,  
que adensan en perfume sin tristeza los zumos más secretos de la vida.*

*¡Qué dulce sueño, en tu regazo, madre,  
soto seguro y verde entre corrientes rugidoras,  
alto nido colgante sobre el pinar cimero,  
nieve en quien Dios se posa como el aire de estío, en un enorme beso azul,  
oh tú primera y extrañísima creación de su amor!*

*... Déjame ahora que te sienta humana,  
madre de carne sólo,  
igual que te pintaron tus más tiernos amantes,  
déjame que contemple tras tus ojos bellísimos,  
los ojos apenados de mi madre terrena,  
permíteme que piense  
que posas un instante esa divina carga  
y me tiendes los brazos,  
me acunas en tus brazos,  
acunas mi dolor,  
nombre que lloro.*

*Virgen María, madre,  
dormir quiero en tus brazos hasta que en Dios despierte (Alonso, 1944).*

### VIII. Conclusiones

La consideración teológica de María como madre de la divinidad, es un hecho radicado en las Sagradas Escrituras y en las tradiciones que los cristianos han mantenido vivas a lo largo de la historia.

Sobre la concepción teológica de María como madre de la humanidad, podría decirse exactamente lo mismo: los primeros cristianos la consideraban como la nueva Eva, madre de los vivientes. Desde allí se entiende su deseo de nacer nuevamente, renacer, *desde ella: ex María virgine*. A partir de esta misma consideración se comprende también la siguiente consecuencia: los primeros cristianos se reconocían a sí mismos como hermanos en (a causa de) María, *ἀδελφός, adelphos*, cuya traducción literal del griego significa: “del mismo seno”. María, instrumento del Altísimo, cumple una doble función: *engendrar* al Verbo en la carne y *regenerar* a los seres humanos a través de su maternidad en Cristo, cabeza *-caput-* de un cuerpo místico-espiritual que incluye a muchos. Regeneración siempre *en* Cristo y desde Cristo, Hijo de Dios y único Redentor.



Las consecuencias litúrgicas, devocionales, místicas y pastorales de la maternidad de María así considerada, han sido múltiples y siguen enriqueciéndose a través de los estudios mariológicos que parten de las palabras de Cristo en la cruz, entregando a su madre como madre de Juan (*he aquí a tu madre*), con unas implicaciones maternalmente aplicables a todos los cristianos; y que terminan en las palabras del Apocalipsis, sobre la mujer que sufre dolores de parto: es el trabajo materno de acompañamiento e intercesión, a favor de sus hijos, en la batalla espiritual durante la vida terrena y en las diferentes épocas de la historia, hasta llegar a la última.

En este sentido, es posible elaborar una relectura de los textos bíblicos y de las mismas referencias de los Padres de la Iglesia y otros autores de santidad y autoridad reconocida: dichos textos pueden servir de inspiración para la meditación personal, la catequesis, la predicación y el crecimiento en la vida de comunión y comunicación con el mundo espiritual desde este renacer-regenerarse en la vida de la gracia desde -ex- María.

Por último, y sin restar validez a la fraternidad natural-universal de todos los seres humanos, para las personas de fe cristiana, asumir la realidad de otra fraternidad universal de raíces espirituales -en Cristo y desde María- debería convertirse en una enérgica llamada hacia una preocupación social por los más necesitados, y a convertir dicha llamada en parte activa del diario vivir. Una actitud ajena a tales postulados significaría una traición al Cristo que hemos recibido a través de las Sagradas Escrituras y el testimonio de los santos de todos los tiempos.

## Referencias

- Alarcón-Méndez, P. (2013). *El amor de Jesús vivo en la Virgen de Guadalupe*. Blomington: Palibrio.
- Alonso, D. (1944). A la Virgen María. *Espadaña*(9), 193-195.
- Aquinae, T. (1952). *Super Evangelium S. Ioannis lectura*. Roma: Textum Taurini.
- Barbotin, E. (1977). *El lenguaje del cuerpo*. Pamplona: Eunsa.
- Barthas, C. (2017). *La Virgen de Fátima* (17 ed.). Rialp: Madrid.
- Cevallos-Moreno, M.-I. (12 de 5 de 2020). Entrevista sobre Mariología y el pensamiento de Fernando Rielo. Quito.
- Clarevallensi, B. (1860). *Dominica infra octavam Assumptionis B. V. Mariae* (Vols. PL 183, 429s). (J. P. Migne, Ed.) Paris: Petit Montrouge.
- Concilio Vaticano II. (1964). *Constitución Dogmática sobre la Iglesia "Lumen Gentium"*. Ciudad del Vaticano: Acta Apostolicae Sedis.
- Conferencia del Episcopado Mexicano. (27 de 4 de 2020). *Congregación para el Clero*.
- Congregatio de Cultu Divino et Disciplina Sacramentorum. (2020). *Missale Romanum*. Ciudad del Vaticano: Administrationem Patrimonii Sedis Apostolicae in Civitate Vaticana.



- Montfort, L. M. (2009). *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Guayaquil: Grupo gráfico Abad.
- Newman, J. H. (1996). *The Mystical Rose*. Princeton, N. J.: Scepter.
- Nolli, G. (Ed.). (2001). *Novum Testamentum Graece et Latinae*. Città del Vaticano: Libreria Editrice Vaticana.
- Pacheco-Bustillo, A. (2001). La virgen apocalíptica en la Real Audiencia de Quito: aproximación a un estudio iconográfico. *ACTAS III CONGRESO INTERNACIONAL DEL BARROCO AMERICANO: Territorio, Arte, Espacio y Sociedad: Universidad Pablo de Olavide* (págs. 40-60). Sevilla: 40-60.
- Papa-Francisco. (21 de 12 de 2019). *La Santa Sede*.
- Papa-Francisco. (03 de 04 de 2020). *La Santa Sede*.
- Parallel Bible. (6 de 05 de 2020). *Bible Hub Online Parallel Bible*.
- Pecci, G. (29 de 04 de 2020). *Práctica de la humildad*.
- Pérez-Millos, S. (2009). *Comentario exegético al texto griego del Nuevo Testamento: Apocalipsis*. Barcelona: Clie.
- Pío-X, S. (1904). *Ad Diem Illum Laetissimum*. Vaticano: Acta Apostolicae Sedis.
- Pozo, C. (2005). *María, Nueva Eva*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos.
- Quasten, J. (2001). *Patrología*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Rahner, H. (2002). *María y la Iglesia*. Madrid: Ediciones Cristiandad.
- Rielo, F. (2010). *Leyendas de Amor*. Quito: Corporación MYL.
- Rielo, F. (2014). *En el Corazón del Padre*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.
- Salomón. (1958). Cantar de los Cantares. En F. T. (Ed.), *Sagrada Biblia* (p.649). New York: The Groiler Society.
- Vanni, U. (1994). *Apocalipsis, Una asamblea litúrgica interpreta la historia*. Estella, Navarra.: Verbo divino.
- Vidal-Quadras, J. A. (12 de 10 de 2002). Bajo su corazón. *La Verdad*, p.16.
- Vistar, D. V. (2019). *The Cross-and-Resurrection: The Supreme Sign in John's Gospel*. Tübingen: Mohr Siebeck.
- Volan, V. (s.f.). *III Simposio Internacional de Fe cristiana y cultura contemporánea: Idea cristiana del hombre*. Tarrasa: Eunsa.
- Weigel, G. (2014). *Juan Pablo II: el final y el principio*. Barcelona: Planeta Testimonio.
- Weinrich, W. (2001). *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia y otros autores de la época patristica: Nuevo Testamento* (Vol. XII: Apocalipsis). Madrid: Ciudad Nueva.
- Zacarías. (1958). Libro de Zacarías. En F. T. (Ed.), *Sagrada Biblia* (p.954). New York: The Groiler Society.